

“Hasta que la muerte nos una MÁS”

En el colectivo imaginario, quizá hasta grabada en nuestras retinas tenemos la imagen de una boda. Conocemos las preguntas del sacerdote y las respuestas que deben dar los novios. Alguna quizá se habrá imaginado su propia boda: el novio esperando delante del altar junto a los familiares, el traje de la novia, su cortejo, las flores y tantas otras cosas... Pues bien, en estas pocas líneas quisiera que la composición de situación hecha anteriormente la trasladáramos a un ambiente espiritual, al estado de la vida religiosa y ¿para qué? para poder compartir mi experiencia en mi profesión perpetua, es decir, en mis desposorios con Jesús.

El 15 de octubre fue la fecha fijada para el acontecimiento más importante de mi vida. La preparación ha sido de años, años de formación y de profundización, pero no nos vamos a ir tan atrás. El día anterior al 15, estaba junto a mi hermana de hábito en Valencia -otras de la misma promoción lo estaban en Lima y Fontibón- preparándonos con un día de retiro y por la tarde con una hora santa muy fervorosa. Al ocaso de la tarde nos encontramos con una sorpresa que

solo la puede dar la vida fraterna auténtica. Resulta que tenemos la costumbre de arreglar y poner algunos obsequios en la celda de la “novia”, y pues nuestras hermanas se desbordaron en detalles. Nosotras con un corazón agradecido esperábamos con ansias el clarear del nuevo día.

Pueden imaginarse el deleitoso tiempo de oración por la mañana, para mí fue una contemplación silenciosa y sosegada, sin grandes pensamientos ni palabras.

A las 11 de la mañana estaba concretada la Misa con el rito de la profesión perpetua. Llegamos a la entrada de la iglesia y mientras los sacerdotes se revestían, las hermanas y ancianos pasaban de un lado a otro, nosotras nos mantuvimos centradas y realmente recogidas. La procesión de entrada me hizo evocar el salmo 44: “Ya entra la princesa bella, vestida de perlas y brocados. La traen ante el Rey con séquito de vírgenes, las siguen sus compañe-



ras"... No crean que lo evoqué por sentirme la "princesa bella" sino porque mi alma había sido elegida desde toda la eternidad para desposarse con el Hijo del Eterno Padre, había sido adornada y custodiada como una princesa para Cristo Rey que me esperaba en el altar con su Corazón abierto, lleno de amor y misericordia. El séquito de vírgenes eran las Reverendas Madres del consejo que nos acompañaban en la procesión; fue un momento significativo porque entre ellas estaba nuestra Madre general, que es el rostro maternal y cabeza de la Congregación. Me sentía protegida y guiada por esta familia religiosa, mi familia. En el recorrido hasta el presbiterio fui recordando a todas las personas que me han acompañado en mi formación religiosa, a mi familia y aquellos ancianos y trabajadores con los que he compartido.

Mi mirada estaba fija en el Sagrario, en el mismo Sagrario donde tantas veces desde mis primeros años de formación contemplé y adoré a Jesús. Por un instante mi imaginación y amor creativo dieron riendas sueltas a pensar que nuestros Padres fundadores también estaban esperando en el altar mi llegada. Suena a un poco de desvarío, pero no, es la realidad sobrenatural de la presencia protectora de quienes en la tierra dieron vida a la Congregación de la que hoy soy parte.

Tuvimos la dicha de poder elegir las lecturas. Una de ellas era del Cantar de los Cantares: "ponme como un sello sobre tu corazón". La antífona del salmo proclamaba: "aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad". La segunda lectura tomada de Filipenses decía: "olvidando lo que dejé atrás me lanzo a lo que está por delante, corriendo hacia la meta, al premio a que Dios me llama desde lo alto en Cristo Jesús". El Evangelio fue tomado de San Juan: "Permaneced en Mí". Con el permiso de quien lee esto, quisiera comentar una breve reflexión: las lecturas son el reflejo de nuestro itinerario vocacional pues "olvidando lo que dejamos atrás", dijimos al Señor "aquí estoy" y Él ha puesto dentro de su Costado nuestros nombres para que siempre "Permanezcamos en su Amor".

Terminada la proclamación del Evangelio, la Reverenda Madre María del Carmen nos llamó, representando al que nos ha llamado desde la Eternidad. Después de la homilía en que D. Arturo, Obispo auxiliar, enfatizó enérgicamente en las palabras "Permaneced en mi Amor", comenzó propiamente el rito de la profesión perpetua con el interrogatorio en el que con un convencimiento firme pusimos de manifiesto nuestros deseos de seguir a Jesús en la vida de hermanitas para siempre. Luego, fue la invocación de los santos con las letanías. Un momento muy significativo para mí porque arrodillada en el altar, sentía la fuerza de la Iglesia y la indignidad de mi persona.

La liturgia de este rito es muy rica en sus oraciones, ya que después de las letanías viene la bendición, una bendición que es preciosa y a la que invito a leer reflexivamente; a grandes rasgos pide que no se apague el fuego; nuestro deseo de entrega al Señor. Esta bendición la medité bastante y me ha sido de mucho provecho.

El gran momento fue el de la profesión ante nuestra Madre general. Las palabras "para todo el tiempo de mi vida" podrían contraer el corazón ante semejante compromiso, pero para un alma realmente enamorada lo expande, lo abre de par en par a Cristo. Yo sentí que mi pequeño



y pobre corazón se fundía en el Corazón de Jesús, que se unía y que ya éramos uno. Al terminar de decir la profesión miré a nuestra Madre y ella con una mirada acogedora y de gozo dijo: “Amén”. Una sucinta pero gran confirmación de lo que yo había dicho. Firmé mi profesión en el altar y sentí paz.

Como se podrán dar cuenta, el rito tiene varias partes. Las últimas son la imposición de la corona y la proclamación pública de integración definitiva de nosotras por parte de la superiora general.

Al terminar este rito, parece que una descansa porque, aunque una viva con verdadero fervor y convicción cada momento, cuando lo esencial está hecho parece que todo está hecho: “soy esposa de Jesús, ya no necesito más”.

Durante el ofertorio, el canto “en Él pongo mi vida” interpretado bellamente por el coro, suscitó en mí una emoción grande porque de alguna manera la letra expresaba mi interior: “en Él pongo mi vida, en Él mi humilde ofrenda, que María la presente...”

La continuación de la celebración eucarística fue una acción de gracias continua y una petición de fidelidad y bendición sobre todo para mi familia y mi Congregación

¡Cuántas otras me quedan por contar! pero como escribí al principio, lo hago en pocas líneas y a grandes rasgos.

Doy gracias a Dios por invitarme y hacerme partícipe de esta aventura de amor. Quiero permanecer en Él y vivir mi vida de hermanita según la espiritualidad de nuestros padres fundadores y ser una fiel hija de la Iglesia de la mano de María, nuestra Señora de los Desamparados.

Aprovechamos estas líneas para expresar el agradecimiento por darnos la oportunidad de realizar nuestra profesión perpetua en esta Casa madre de Valencia, por todos los detalles y las personas que nos han acompañado en esta celebración tan hermosa. Dios les pague.

Sor E. J. B.

Valencia, 15 de octubre de 2022